

## PUEBLOS LATINOS

(hasta 1200)

## I

## Los franceses



ON los utensilios de piedra y hueso los más antiguos testimonios de la existencia humana. En la parte montañosa de Francia, especialmente en la Dordogne, sólo se hallan estos restos en cavernas que miran al sol, jamás en las que tienen la entrada por el Norte. Los primitivos habitantes del país eran contemporáneos del elefante, que habitaba los bosques, y de los bisontes y rengíferos, que pacían en las praderas. Queda esto demostrado, no sólo por los huesos, sino también por las figuras de animales que los hombres de aquel período grababan toscamente con guijarros afilados. Tales figuras están tan bien caracterizadas, que se reconocen en seguida los animales que representan. Dijérase que el sentido artístico existía ya tan arraigado como el instinto de comer, de beber y de la procreación. Los animales están siempre dibujados en movimiento y de perfil; andan, corren, vuelan y nadan, casi sin excepción de derecha á izquierda. Esta habilidad innata parece haber disminuido en el mismo grado que aumentó la cultura, porque en la época posterior más civilizada no hay ni vestigios ya de aquellas represen-

taciones de la naturaleza. Los huesos esculpidos deben de haber servido de adorno, pues tienen agujeros y anillas; también están agujereadas las cabezas de los huesos pequeños, y conchas y raspas de pescados. Se ha encontrado creta colorada, que debió de servir para pintar el cuerpo. Las armas y los instrumentos se reducían entonces á pedazos cortantes de guijarros y pedernales, y á huesos afilados en punta (17. á 11. 13 á 15. 26 á 28). No han aparecido en las cavernas restos de animales domésticos, pero sí en las ciudades lacustres, que se construyeron mucho después, y en las que la fauna era la misma que ahora.

Los dispersos grupos de la población primitiva desaparecieron ante la invasión de una raza más fuerte é inteligente, que, según se cree, descendió de las montañas del Asia y se extendió por el suelo de Francia antes que los *celtas*. No hay que buscar el rastro de los celtas más antiguos en las cavernas, sino en los sepulcros y en los dólmenes, que tal vez alcanzaron la época de Sesostris, dispuestos en las alturas, rodeados de piedras más ó menos colosales y con el hueco cubierto, por lo general, de piedras labradas. En los dólmenes se han hallado instrumentos de piedra afilada en formas regulares, y á menudo de procedencia extranjera; objetos de adorno, de conchitas, que también procedían de otro país, ó de discos de piedra blanda y barro cocido; huesos de oso, perro y jabalí sin grabado alguno. Pasaron siglos; entre los metales, el oro vino á ser á un tiempo el servidor y el soberano del hombre. Hallamos el oro

labrado en brazaletes, aros para las piernas, cinturones y collares, que eran el distintivo de los jefes de ejército. La joya es muy sencilla; consiste, por lo común, en una pieza delgada, cubierta de líneas raspadas, lo bastante larga para rodear varias veces los brazos ó las piernas. Los celtas también se pintaban. Comerciantes extranjeros, fenicios, ligurios y etruscos, trajeron al país productos de una civilización más adelantada, como cristalería, corales, ámbar y armas de cobre ó de brillante mezcla de cobre y zinc que parece oro. Las tribus celtas del suelo francés, ó sea los galos, aprendieron á esmaltar, á fundir y á afilar; pero ocupaban particularmente su innata habilidad en la fabricación de telas; cruzando los hilos y cambiando los colores producían tejidos de efectos variados, telas de lana á rayas, á cuadros y rameadas, y transmitían á los trajes la pintura de sus cuerpos. Las toscas pieles de animales con que los germanos se cubrían aún en la época en que estaban en contacto con los romanos, habían desaparecido hacía mucho tiempo entre los galos. Estos llevaban pantalones largos (*braccæ, braies*), que, á juzgar por las láminas, eran muy ceñidos (17. 1); capa pequeña á cuadros (*sagum, saie*), bajo la cual el busto y los brazos iban desnudos, y zapatos cerrados de cuero con suelas gruesas (*gallicæ, galoches*). El traje de los celtas del Danubio, según los monumentos romanos, comprendía, además de pantalones bastante anchos que se ataban en los tobillos (17. 10) y de capa cortada en semicírculo, sayo con mangas cortas y ajustado por el cinturón. Los colores vivos cedieron el puesto al negro y al pardo al otro lado del Garona, entre los aquitanos, cuya sangre estaba mezclada con la ibérica. El galo de pura raza se preocupaba mucho por el adorno de su cabellera; la ataba en la nuca y la dejaba caer, como una melena, sobre la espalda, y por medio de una pomada hecha de sebo de cabra mezclado con lejía de ceniza de haya, le daba un color más fuerte. Usaban barba de chivo, pero los nobles sólo bigote, y á veces sólo perilla. Son escasos los datos que existen sobre la manera de vestir de las mujeres galas. En la «Villa Ludovici» hay un monumento que representa un galo clavándose en el pecho un puñal con el que acaba de matar á su mujer (17. 19); ésta lleva una capa no mayor que una pañoleta, y una túnica corta sin mangas puesta sobre un ropón que llega á los tobillos. Largo y sin mangas es también el traje de la Galia en una moneda romana, y lo mismo vemos en las esculturas sepulcrales de la época romana también (17. 37). En el arco de triunfo de Orange hay representadas algunas mujeres galas desnudas hasta la cintura, que tienen por único ropaje una falda y una gran capa por encima. En los sepulcros se han encontrado esqueletos de mujeres con collares, brazaletes (17. 40), hebillas (17. 40), agujas largas para el pelo (17. 35), sortijas y pendientes. En los monumentos romanos las mujeres celtas del Danubio llevan un ropón largo con mangas ceñidas y túnica corta atada por la cintura, con mangas medio largas ó recogidas. Van descalzas y con el pelo caído y suelto (17. 12).

El equipo de guerra de los galos era, al parecer, muy sencillo. El arma de defensa más antigua fué el escudo de mimbres ó listones, de formas variadas, rectangular, en el centro más ancho que en los bordes, ú ovalado; estaba reforzado á lo largo con una tira de metal, en cuyo centro había una prominencia (17. 20. 30). Al amparo de este escudo iba el galo completamente desnudo (17. 1). Más adelante adoptó la coraza, hecha de tres planchas flexibles de metal cosidas al sayo, dos de ellas en los hombros y la otra á las caderas, dejando descubierto el centro del pecho (17. 3. 7. 8). Con el tiempo se usó la coraza de dos piezas enteras que cubrían pecho y espalda (17. 20. 21. 42). La cota de malla de pequeños anillos de hierro entrelazados es también invención gala. Cubrían los brazos con mallas de anillos más grandes ó con brazaletes de madera ó de metal, forrados (17. 41). Sólo los jefes llevaban casco; los que se conservan de aquella época (17. 22. 23. 25) son cónicos, abombados ó puntiagudos, sin visera ni cogotera, pero con cimera de hojalata, con unos tubitos que sin duda servían para meter en ellos plumas ó penachos de lana de colores. En los últimos tiempos de la república romana se adornaba á menudo el casco con grandes cuernos (17. 24), alas (17. 42) ó cabezas de animales, y el escudo con planchas brillantes de metal. Las armas ofensivas de los galos son las que conocemos mejor. Tenían varias espadas: una corta, parecida á

la griega, otra de tres filos, sin vaina, y otra puntiaguda (17. 31 á 33), con el corte á menudo combado hacia dentro. Llevaban siempre la espada al lado derecho (17. 42) y pendiente de una cadena que se solía colgar de la espalda ó sujetar á la cintura (17. 47). La lanza, el rejón y el arco eran sus armas de percusión y tiro. Entre los rejones el *celta* es el más notable: el hierro tenía forma de escalpelo, con una cazoleta (17. 38), en la que había anillas movibles ó fijas. En concordancia con los cascos germánicos y anglosajones (5. 11), el estandarte de campaña de los galos tenía una cabeza de jabalí (17. 3. 34). Armaban también el caballo á la vez que el jinete (17. 42 á 45. 48). Planchas de metal y cadenas brillaban en el lomo y el pecho de aquél. Los sacerdotes de los galos, como los de los celtas, se dividían en tres clases: druidas, bardos y *ovydds*. Las vestiduras de los druidas, ó sacerdotes propiamente dichos, eran de lienzo puro, sin teñir, lo que simbolizaba la verdad inmutable, y consistían en una especie de túnica ancha, casi siempre con mangas, sujeta con holgura por debajo de las caderas (17. 55), y una capa ondulante de corte semicircular ó rectangular que se sujetaba al hombro izquierdo, al revés de las capas profanas, y de modo que una parte del dobladillo de la derecha se pasaba por una anilla y se ataba con el dobladillo de la izquierda. El pontífice usaba zapatos con una estrella bordada de cinco puntas (el pentágono mágico), tiara puntiaguda de oro, ó en su lugar una corona de roble, cetro de puño grueso, que era un huevo de serpiente montado en oro, y hoz de oro también, destinada á cortar el muérdago sagrado (compárese 3. 51). A medida que descendían las jerarquías sacerdotales, disminuían la holgura y valor de los trajes. El de los bardos era talar, azul como el cielo ó del color de la tierra; los *ovydds*, que se dedicaban á la astronomía y á la medicina, usaban ropas ceñidas, verdes, el color de la naturaleza (17. 54); su capa era corta y parecía una esclavina. Todos los sacerdotes podían llevar el pelo corto, pero no la barba, que había de ser larga. Los discípulos de las diferentes clases iban de blanco, azul y verde. Había también sacerdotisas (17. 57. 58). Las estampas que reproducen los trajes de los sacerdotes datan todas de la época romana moderna. En ellas vemos el ropón de capucha (17. 56) y también una capa pequeña muy en boga en la Edad media.

Conquistada la Galia por los romanos se realizó, aunque con gran resistencia, una completa transformación en las costumbres del pueblo vencido. Con los cargos públicos se introdujo la toga, y empezó á mezclarse el traje del país con el romano. Esculturas de los siglos II y III nos enseñan que se estilaban entonces pantalones y túnicas estrechas (17. 2. 6); en las ropas de las figuras de bronce se distinguen á veces cuadros y ramajes, lo que prueba que llevaban tejidos de color. La túnica ceñida fué ensanchándose y alargándose; en vez de una abertura en el pecho se abrió á lo largo (17. 4. 5) y se transformó así en un ropón, sin botones ni cuello, que el cinturón sujetaba. Este ropón, que se llamaba *Caracallus* y que dió nombre al famoso emperador que lo usó siempre, se alargó hasta los pies, y así se llevaba en todo el imperio romano durante el siglo IV. Ya en el II usaban los galos todas las prendas romanas. Se había generalizado la túnica talar, con cinturón ó sin él (18. 6), y otra más corta para encima, con mangas semilargas ó sin mangas, llamada, en este último caso, *colobium*. Parecía un saco vuelto del revés, con aberturas arriba y á los lados para la cabeza y los brazos. El adorno de la túnica consistía en dos tiras perpendiculares de púrpura ú oro, que al principio usaban sólo los altos dignatarios y más adelante se generalizaron é hicieron de todos los colores. Además de las tiras adornábanse con piezas redondas, cuadradas ó de puntas, aplicadas á la espalda, al pecho ó cosidas al borde de la túnica (compárese 24. 15. 16). Los galos se preservaban de la lluvia con la *paenula* de lana de pelo largo, que era como un sayo abierto y ancho sin mangas y con capucha (18. 1), y con la *lacerna*, parecida á la túnica, pero con aberturas para los brazos (18. 5); también llevaban el *bardocuculus*, esclavina ancha con capucha (18. 4. 19. 5) y una especie de manta cuadrada de lana echada sobre los hombros (18. 3), á la que, más adelante, sujetaron la capucha (18. 13). Usaban el palio y el manto griego de los soldados, la clámide y la *chlone*, más larga que aquélla (18. 2). Debe de haber pertenecido á los galos una especie de lacerna que en lugar de

aberturas tenía mangas completas y llegaba hasta las rodillas ó los pies. Cuando faltaba la capucha se reemplazaba por una banda puesta alrededor del cuello y de los hombros, de modo que las puntas caían por delante y por detrás. Hombres y mujeres libres usaban la lacerna; la *pænula* parece que era para los esclavos y el *bardocuculus* para los labradores. Gran parte de los naturales del país siguieron usando los antiguos pantalones galos; otros, especialmente los labradores, llevaban las piernas desnudas (18. 3. 13), y otros poníanse los calzones cortos romanos, ó polainas sujetas arriba y abajo por cordones (18. 4) y de tela ó de cuero, con correas cruzadas. Además del antiguo zapato cerrado de los galos, calzaban sandalia sencilla (18. 3) ó zapatos bajos (18. 5) prendidos con las correas con que se rodeaban las piernas. Había calzado compuesto de suela con lengüetas (compárese 1. 13) que se anudaban por encima del empeine. En sepulcros de los siglos II y III se han hallado chanclos de suela gruesa y empeine escotado, así como pantuflos sin tacón (21. 80) y zapatos con orejeras y correas en las mismas (21. 81). Esta última clase de calzado vése también en las pinturas de la época de Carlos el Calvo ó sea en el siglo IX, y de corte parecido es un par de zapatos que perteneció al guardarropa de los monarcas alemanes y que se atribuyen al siglo XII (21. 81). Había también calzado que se parecía á las alpargatas de los actuales labradores de los Pirineos, y que constaba de suela de madera ó cuero y de una parte superior de cuero, tela ó junco, con tiras ó cintas de lana ordinaria ó de piel para arrollarse á las piernas (18. 13).

Menos que los hombres resistíanse las mujeres á cambiar su traje por el romano. La túnica del país, larga y sin mangas, servía de traje casero, y para calle usaban túnica ó estola alargada en la orilla inferior por faldones que se recogían bajo el cinturón hasta verse las puntas de los pies; la estola ajustábase al pecho y tenía mangas largas ó cortas. Había varias clases de capas. La *palla*, al principio muy parecida á la toga, fué más adelante un pedazo de tela cortado en forma rectangular, que se pasaba bajo el hombro derecho y cuyas dos puntas se echaban por encima del hombro izquierdo (compárese 18. 6). También se doblaba á lo largo por la mitad, se hacía en el dobléz una abertura para el brazo izquierdo, se prendían las dos orillas al hombro derecho, ó se metía el brazo derecho por la abertura y se abotonaba á todo lo largo de las orillas al lado izquierdo (17. 57). A esta prenda hay que añadir una toca para la cabeza, puesta de una manera especial. En lápidas de sepulcros galo-romanos se ven grabadas figuras de mujeres, vestidas unas con *pænula* ó lacerna (17. 51. 52) y otras con delantal por encima de un sayo de picos (17. 59); aquéllas declaran por su traje ser libres, éstas siervas.

El arreo militar es el que sufrió mayor transformación; los galos eran alistados en las legiones romanas ó formaban tropas especiales auxiliares; en ambos casos tenían que adoptar el traje guerrero romano (compárese 25. 1 á 16). Se ignoran los distintivos especiales que acaso tuvieran.

En el último período del siglo III la Galia pasó por una de las épocas más turbulentas de su historia. Los pueblos germánicos, los godos, los sajones, los borgoñones y los francos atravesaron, unos después de otros, sus provincias y devastaron campos y ciudades. No eran romanos; vivían con los antiguos habitantes, pero sin mezclarse con ellos, y conservaban no sólo sus leyes y su idioma, sino también su manera de vestir. Sin embargo, es difícil precisar cuál era, y más difícil aún determinar paso á paso la transformación que sufrió el traje galo-romano á juzgar por las escasas esculturas que de aquella época existen; en el siglo IV usaban los hombres el *pallium*, con una de sus puntas arrollada alrededor del pecho (compárese 24. 10); en los siglos V y VI llevaban, en su lugar, capa grande, cortada en semicírculo (compárese 24. 11), echada sobre el hombro izquierdo y prendida en el derecho. Según documentos de la época se agregó á la capa la *pænula*, que si era de gala se hacía de castor ó de tela negra y brillante que imitase la piel de aquellos animales. Como calzado usaban botas con cordones. El pelo lo cortaban redondo y se afeitaban la cara. Así vestían los funcionarios y las gentes de categoría; las del pueblo usaban la *pænula* de lana ordinaria (18. 1; compárese 24. 4), que los esclavos llevaban abierta por los costados para dejar libres los brazos. Esta *pænula* se llamaba *birre*. Cubriábase la cabeza con sombrero

peludo sin alas. Recortaban más que afeitaban la barba. Pocos son los datos acerca del traje femenino en aquel período de transición. De los frescos de las catacumbas cristianas y de algunos trabajos en oro y marfil se colige que las mujeres galas llevaban todavía las túnicas y palios romanos, adornados con tiras de colores, discos, cuadrados y picos (compárese 24. <sup>12</sup> á <sup>21</sup>). Parece que hubo entonces gran predilección por la túnica de forma más antigua, aquélla cuyas mangas las formaba el ancho sobrante de las piezas delantera y trasera (compárese 24. <sup>12</sup>). Se ha encontrado el cadáver de una mujer de alta categoría que debió de pertenecer á aquella época, envuelta en cuatro vestidos de lana, de los que el de encima está adornado con fleco y arrollado á las caderas. En los pies se llevaban pantuflos de piel sin tacones (21. <sup>82</sup>). El pelo se dividía en cuatro trenzas.

Llegamos á la época en que los franco-merovingios se enseñorearon de las Galias. Entonces fué, según se infiere, cuando el elemento bárbaro, en cuanto al traje, venció al galo-romano. Faltan pinturas ó dibujos que lo atestigüen; los manuscritos no están de acuerdo y los numerosos objetos de metal, vidrio y marfil hallados en los sepulcros, no dan sino idea vaga de las prendas que sirvieron de adorno. La población masculina de la Galia llevaba aún en el siglo VI la túnica corta de mangas, adornada con tiras y discos de colores; habían desaparecido los pantalones largos y se usaba el calzón romano, con el nombre de *braccæ*, y polainas sujetas con cintas á las piernas. También se llevaban una especie de medias antes desconocidas y que en los manuscritos se designan con los nombres de *tibialia* y *caligæ*. En la iglesia de Delmont existe una reliquia de San Germán que es un zapato de piel de oveja barnizado de negro (21. <sup>89</sup>), cuya parte superior está cortada en forma de hoja de flecha, y en la de estribo la parte destinada á ceñir el pie cerca de la articulación; en la orejera tiené dos ojetes, por los que pasan las correas que atan el zapato; el tacón es de forma de corazón. Esta clase de zapatos se llamaban, en el siglo VI, *campagos*. En la iglesia de Chelles, cerca de París, se conserva otro zapato que tiene en su parte superior el mismo corte del anterior (21. <sup>92</sup>) y á derecha é izquierda de los tobillos ojetes para sujetar las correas, en las que se ha transformado el estribo. Este zapato debió de formar parte de las prendas para la ceremonia de coronación en Alemania y se atribuye al siglo XII (21. <sup>85</sup>). A la vez que las medias aparecieron en esta época los guantes, que se llamaban *mants* (de esta palabra se derivó la francesa *gants*). Los ricos los llevaban como adorno y los pobres para el trabajo. No hay restos del traje femenino de aquella época. Gregorio de Tours hace mención de una especie de manto de seda, llamado *mafors*, del que en aquel tiempo se servían mucho las mujeres francas, envolviéndose con él todo el cuerpo. Se usaba además el *colobium* y el *bardocuculus*, prendas aceptadas y adoptadas también por los francos.

En la época carlovingia empezaron á borrarse las diferencias entre los trajes galo-romanos y los francos. El de los vencedores se mezcló con el de los vencidos; por este motivo el traje franco, tal como ha llegado hasta nosotros, puede considerarse como galo-romano. Los hombres llevaban entonces dos túnicas: la una, como camisa, era de lienzo é iba sobre la carne, la otra era de lana y las gentes de categoría la adornaban con ribete de seda; usábanse también calzas de tela teñidas de rojo subido ó azul, zapatos con medias y por encima de éstas tiras de correa, á veces encarnada. En un mosaico de Letrán está representado el emperador Carlos con traje color naranja y ribetes verdes, y correas del mismo color en las piernas (18. <sup>7</sup>). Las correas partían de los zapatos, éstos eran cerrados y á menudo de piel dorada. La capa era pequeña y de tela de cuadros; los francos preferían esta capa á la suya germánica ancha, gris ó azul, que llegaba hasta los pies. Durante el invierno solían ponerse sobre los vestidos un gran abrigo de pieles, que en idioma franco se llamaba *rock* y en el latín de aquel tiempo *pellicium* (de donde las palabras francesas *pelisson* y *pelisse*).

Los trajes adaptábanse perfectamente al cuerpo, siendo los sastres galos célebres por su habilidad en el manejo de la aguja y la tijera. No se acostumbraba llevar tocado alguno, y en los pocos casos en que se usaba se reducía á gorra cónica, que en los escritos se denomina *pileus*. Los labradores galos, cuando

hacia frío, cubríanse la cabeza y la parte superior del cuerpo con el *bardocuculus*, capucha cuyo cuello caía sobre los hombros (18. 4); el calzado que usaban era cerrado, con suelas de madera, cuero ó junquillo, pero con la parte superior de cuero ó tela ordinaria, que se sujetaba por medio de correas, las cuales servían al mismo tiempo para envolver los muslos (18. 13). Este calzado parecíase mucho á las alpargatas que se estilan aún entre los franceses del Pirineo. Los zapatos de los nobles, según los hallamos representados más adelante en los documentos carlovingios, tenían la parte superior cerrada, y en el sitio del contrafuerte unos ojetes por los que se pasaba una correa, atada por encima de la orejera de delante (compárese 21. 81). Estos zapatos eran de cuero, forrados por dentro, cubiertos por fuera de seda, adornados con perlas y á veces bordados. En invierno, como en verano, estilábanse guantes de piel, sin dedos, llamados *muffles*. La gente del pueblo usaba medias, de una tela á cuadros, que llegaban más arriba de la rodilla (18. 4). Por entonces se empezó á llevar la túnica metida en los calzones.

De la manera de vestir las mujeres durante el primer período carlovingio, nada nos dicen los escritos de la época; pero los códices del tiempo de Carlos el Calvo nos demuestran que en el siglo IX se vestían lo mismo que las galo-romanas. Según las citadas pinturas, las mujeres de rango llevaban varias túnicas de igual longitud, unas sobre otras (19. 2 á 6), teniendo la de abajo mangas largas y ceñidas, la segunda cortas y anchas, y, en caso de llevar una tercera, las mangas de ésta eran muy cortas y anchas ó no las había. La prenda de encima se ceñía al busto y ensanchaba por abajo; en las orillas superior é inferior, así como en el centro del cuerpo, de arriba abajo, brillaba una banda ancha bordada de oro. El cinturón rodeaba las caderas. Cuando asistían á la iglesia poníanse además una capa, con la que acostumbraban á cubrirse la cabeza. Esta costumbre se fundaba en una prescripción eclesiástica, según la cual la mujer tenía que comulgar con la cabeza cubierta, porque no fué creada á imagen de Dios y por culpa suya había sido castigado el hombre. Entonces, y también en los siglos sucesivos, se ponían la capa como la antigua *palla* romana, pasando el centro por debajo del hombro derecho, cruzando ambas alas en el izquierdo y echando la una sobre la otra (19. 9). Además de esta prenda usaban las mujeres una capucha conocida con el nombre de *kappe* (*chaperon*), tal cual la hallamos representada en los monumentos galo-romanos (19. 5). Los zapatos eran cerrados ó atados en el empeine (19. 2); solían ser de cuero teñido de negro, y del mismo material, pero de color ó dorados, los de las mujeres de alguna categoría.

Cuando ocurrió la desaparición de los carlovingios y el advenimiento de los Capetos, se borró la diferencia entre francos y galos y ambos pueblos formaron uno solo, que era el pueblo francés. Este período de unión fué también de confusión grande, porque los normandos reprodujeron sus invasiones durante setenta años. En muchas millas á la redonda no se veían sino viviendas arrasadas por las llamas y campos devastados por el invasor; los hombres se volvían salvajes, á la par que el terreno que habitaban. Mientras Alemania conseguía constituir una fuerte potencia, Francia se dividía en pequeños territorios feudales. Los alemanes fueron los que tomaron las riendas de la política y la dirección de la moda. Este estado de cosas continuó hasta entrado el siglo XII, en el cual los franceses, cuando el poder alemán empezó á declinar á causa de la desavenencia de los Hohenstaufen con Italia, ejercieron á su vez la jefatura.

En el siglo X, la época de los primeros Capetos y de los primeros señores feudales, el traje de los hombres consistía en calzas, camisa, túnica, capa y calzado. A la vez que los antiguos y largos pantalones galos, comenzaron á usarse calzones anchos y cortos, que llegaban á las rodillas y estaban abiertos por abajo (fig. 8. 4). Los aldeanos bretones los llevan todavía hoy y los hacen de lienzo grueso. Parece ser que los normandos fueron los que más especialmente los adoptaron, como puede verse en algunas figuras del tapiz de Bayeux (18. 14), aunque no en otros documentos de igual naturaleza. La camisa, llamada vulgarmente *chainse* (de donde se deriva *chemise*), era por lo general de lienzo crudo (18. 13) y se metía en los calzones, que es lo que la gente del pueblo hacía con la túnica, en este caso bastante corta (18. 14); se llamaba *bliand* (de donde se deriva *blouse*). La *chainse* de la gente noble llegaba hasta los pies

(18. 10, 11), y la *bliand* poco más abajo de las rodillas. Esta última se solía meter un poco debajo del cinturón en la cadera izquierda. El adorno consistía, como en tiempos romanos, en tiras y discos, y el de las túnicas de príncipes, en un fleco de oro por el borde. Según antigua costumbre gala, la capa era de mediano grandor y de tela rayada ó de otro dibujo cualquiera, sujetándola como siempre con botones ó hebillas. Las capas de la gente rica estaban forradas de tela de otro color (18. 10) ó de pieles de armiño, de marta, de ardilla gris ó de glotón. Llevábase también el calzado como antiguamente y se enrollaban las correas ó las tiras de lana alrededor de las piernas. Empezaban á usarse zapatos puntiagudos, á los que se sacaba lustre con betún, dándose á cada uno de los dos color distinto; hasta los frailes, en los conventos ricos, llevaban calzado verde y azul; en los pobres conservaron los monjes las sandalias; que se componían de suela y contrafuerte con ojete

por donde pasaban unas correas. Las gentes menesterosas iban descalzas y con las piernas desnudas. La costumbre de afeitarse la barba, según tradición franca, se perdió, y se la dejaron crecer en moderadas proporciones (18. 10). El cabello, hasta entonces llevado siempre corto, según costumbre franca también (18. 10), empezó á someterse á una moda rara. La gente joven imitaba á los provenzales, que acostumbraban á afeitarse la parte anterior de la cabeza y á dejar caer el resto del pelo ceñido y liso sobre la nuca. Esta innovación motivó las protestas de la gente de costumbres antiguas, que, en cambio, se afeitaba la nuca como sus antepasados los merovingios en el siglo v y dejaba caer el pelo sobre la frente. Así lo demuestran las figuras del tapiz de Bayeux (18. 11). Las gentes serias prescindieron de ambas modas y se cortaron el pelo según el uso tradicional. En los escritos de la época se mencionan muchas veces los guantes, que alcanzaron significado simbólico: entregar el guante significaba sumisión, tirarlo á los pies del adversario equivalía á desafío, demanda en justicia ó reclamación de un trozo de tierra.

Las dos prendas principales del traje de la mujer en el siglo x llamábanse también *chainse* y *bliand*. El corte de la primera era el mismo de siempre, pero la túnica de encima (ó sea la *bliand*) llegó á tener muchos pliegues y á ceñirse holgadamente al cuerpo (19. 7). A mediados de siglo desaparecieron las mangas cortas que hasta entonces se habían estilado y se hicieron largas hasta las muñecas, conservando toda la manga el mismo ancho y abriéndose por delante en forma de embudo, de modo que dejaban al descubierto todo el adorno de la *chainse*. La parte inferior de estas mangas llegó con el tiempo á terminar en punta (figura 8. 5), con tendencia á prolongarse. La *bliand*, que bajaba hasta los pies, se llevaba holgada y con cinturón. Las mujeres acostumbraban á ponerse la capa, como siempre, sobre los hombros y á sujetarla en el pecho con un broche; pero ya no se la echaban sobre la cabeza para ir á la iglesia, sino que se cubrían, como las anglosajonas, con una toca de lienzo, que envolvía al mismo tiempo el cuello y los hombros, dejando caer las puntas por delante y por detrás (19. 7. 11). Ésta toca llamábase vulgarmente *guimpel* ó *wimpel*, y en latín *theristrinum*. Como traje de abrigo y de viaje se usaban, además de la capa, como en época romana, la *pænula*, cerrada todo alrededor (19. 13), y la antigua capucha gala con la esclavina caída sobre los hombros (19. 12). Una miniatura de esta época nos enseña una mujer llevando

Fig. 8



la capa de un modo como no se ve en ninguna otra parte (19. 10). La manta ó capa es un trozo de tela rectangular puesto sobre el hombro izquierdo y tocando el codo con su orilla inferior; sigue por la espalda, pasa por debajo del hombro derecho hacia adelante y en el pecho se prenden los dos extremos, dejando caer las puntas, que se meten en el cinturón. Se supone que fué el último resto de las clámides cortas que las romanas y las galas habían heredado de las griegas. Lo que se ponían además en la cabeza era una especie de gorra puntiaguda cuyas largas bridas rodeaban el cuello.

En el siglo XI el traje varió poco con respecto al siglo anterior; sólo á fines de aquél (del XI) hubo un cambio notable, principalmente en el de los hombres. Según parece, lo motivaron los árabes españoles é italianos, y lo trasladaron á Francia los normandos. Fueron alargándose las piezas de cuerpo; la túnica interior, ó sea la *chainse*, tomó la forma de sobrepelliz y tenía ojal y cordón para estrecharla, según se quería (fig. 8. 1). La prenda de encima, ó sea la *bliaud* (fig. 8. 2), llegaba á los pies; era generalmente estrecha, y por esto se abría por delante ó por los lados, á partir de las caderas (18. 16. 19), recogién dose algo con el cinturón, porque por lo larga era molesta para andar (18. 21). A menudo se suprimía el cinturón, y en tal caso, se ceñía el ropón al cuerpo con presillas. Las mangas eran del mismo ancho, ó se ensanchaban hacia las muñecas, abriéndolas algo en este punto y volviéndolas para dejar las manos libres (figura 8. 2). Luego fueron creciendo poco á poco por encima de las manos hasta llegar á las rodillas. Las gentes que montaban mucho á caballo llevaban al cabalgar la prenda de debajo abierta por los lados, dejando ver calzones anchos y cortos. Acostumbraban á adornarse los ropones con ribetes brillantes ó con pieles. La capa cuadrada cayó poco á poco en desuso y la reemplazó la semicircular ó circular con escote puntiagudo (fig. 8. 7. 9), prendida muchas veces al hombro izquierdo en lugar del derecho, de modo que la parte redonda cubría el brazo derecho é impedía sus movimientos, lo cual estaba en completa contradicción con la época, enérgica y batalladora de suyo. La capa de corte rectangular poníase como el antiguo *pallium* (18. 19). Hacia el año 1060 usábase, para sujetarla, en lugar de botones ó hebillas, una cinta lisa con borlas en las puntas, sujeta á una de las orillas y pasada por una hebilla puesta en la otra. Señores y plebeyos conservaron sus trajes antiguos, tanto más cuanto que la Iglesia condenaba la introducción de modas nuevas como causa de la pérdida de las buenas costumbres. Los trabajadores llevaban sayo corto (18. 18) metido dentro de los calzones (18. 14), ó con las faldas recogidas y sujetas al cinturón. En las regiones habitadas por los normandos estilábanse calzones hasta la rodilla (18. 14), pero en el centro de Francia, en los alrededores de Bourges, se usaban largos. En la portada de San Ursino de dicha población están representados los meses por trabajadores, entre los cuales los que simbolizan julio y agosto (un segador y un trillador) llevan sayos cortos y calzones anchos hasta los tobillos (fig. 8. 13). Estos son aún los antiguos pantalones galos, que no desaparecieron hasta principios del siglo XII. Al terminar el XI ya se estilaban menos, y en su lugar se empezaban á usar calzas muy ajustadas sujetas al cinturón por medio de correas (18. 16). Raras veces hallamos en las estampas iluminadas de aquella época hombres con las piernas enteramente desnudas; se las ve casi siempre pintadas de blanco, verde, amarillo, encarnado ó azul. Unicamente los pobres de regiones apartadas (18. 13. 20) y los barqueros, que tirando de una maroma pasaban la barca en el río y andaban por el agua, iban con las piernas al aire, como puede verse en el tapiz de Bayeux (fig. 8. 14). Los pobres calzaban sandalias (18. 20) y zapatos bajos, de tacones altos, atados con cordones. Entre la gente del campo empezó á introducirse la costumbre de llevar medias sin pie que se sujetaban al calzado por medio de botones ó de hebillas. Entre las personas acomodadas se usaba calzado de diferentes formas. Con el tacón alto se extendió de nuevo la moda del antiguo calzado con largos cordones que rodeaban la pierna, moda que desapareció para no volver en el siglo XIII. Había además calzado abierto en el empeine que terminaba en punta, vuelta hacia arriba. La moda del famoso calzado de pico empezó entonces; dícese que el conde Fulco de Anjou ó Angers fué quien la inventó en el año 1089. Según se cuenta, tenía el conde una excrecencia en el dedo



gordo del pie derecho y para ocultarla usaba calzado muy largo y puntiagudo. Difundióse al momento la moda, no sólo por Francia, sino por otros países. Con este motivo un moralista de aquel tiempo se expresaba del modo siguiente: «Estos zapatos se elevan como colas de serpiente ó de escorpión y se encorvan como cuernos.» Luego, criticando las extravagancias de la moda, añadía: «Los sayos de los hombres tienen cola; las mangas son tan largas y tan anchas que cubren las manos, resultando con todas estas superfluidades que el que las lleva no puede ni andar de prisa ni trabajar. Llevan hoy las gentes vanidosas rapada por delante la cabeza, por detrás el pelo tendido como las rameras, y se lo rizan con tenacillas. De todo ello se deduce que gozan con la suciedad de la lascivia, como los hediondos machos cabríos.» Estas exageraciones de la moda, contra las que dirigía el clero sus iras, eran de por sí una reacción contra la sujeción monástica, que había ahogado la vida en las épocas anteriores: la mariposa había roto la envoltura de crisálida. Hasta la manera de vestir de los menestrales se ajustó á la nueva moda, y veíanse prendas con aberturas cortadas en forma de estrella, por las que se destacaba el color de la ropa interior. El traje de los hombres en el siglo XI era tan afeminado, que apenas se diferenciaba del de las mujeres. Hasta en el calzado había semejanza. Casi no se distinguía la mujer del hombre más que por la toca, que acostumbraba á ponerse alrededor de la cabeza, que cubría con capucha provista de cuello cerrado (compárese 19. 5) ó capa abierta (19. 12). Ambos sexos continuaron usando telas de rayas de varios colores, generalmente horizontales, que parecían cintas (19. 17); en los trajes más finos estas rayas estaban á grande distancia unas de otras, de modo que una de ellas venía á caer en el centro y la otra en la orilla inferior del vestido. Tenían también gran aceptación las tintas chillonas y llevábanse mangas de varios colores, pero especialmente verdes y encarnadas, que se ponían con túnicas blancas.

Por más que las extravagancias impidieron muchas veces que volviese á imperar el sentido común, notábase en el siglo XII en los trajes de ambos sexos alguna tendencia á modificarse de buena manera. Esta modificación tuvo efecto en tiempo de Luis VII (1137 á 1180) y la motivaron las tendencias monásticas de aquel rey, que se oponía á los excesos de la moda. Los trajes perdieron sus dimensiones exageradas y se ciñeron más al cuerpo, sin que por eso resultasen estrechos en demasía. Por entonces se creó en Francia el primer traje popular, la primera moda francesa, que fué bien acogida también en Alemania; con lo cual el cetro de la moda, hasta entonces en manos de Alemania, pasó resueltamente á las de Francia.

Las prendas principales del traje masculino en el siglo XII continuaron siendo: camisa, calzas, *chainse*, *bliand*, capa y calzado. La camisa se ponía sobre la carne. Las medias largas ó calzas llegaban hasta las caderas y se sujetaban en los lados por medio de cordones á una especie de calzoncillos de baño, que se llamaban *bruche* y rodeaban la parte inferior del cuerpo como los pantalones de ahora (18. 16); por último cubrían también los pies ó dejaban los dedos de los mismos fuera. Las clases elevadas eran las que llevaban generalmente calzas completas de lana ó de seda con dibujos; en cambio las clases bajas usaban medias largas con *bruche*. A principios del siglo XII, la prenda de debajo y la de encima, la *chainse* y la *bliand*, llegaban hasta los pies (18. 22), teniendo la primera mangas largas, algo ceñidas (18. 22. 24), y siendo la segunda mucho más larga por detrás que por delante (fig. 8. 2), y con mangas más largas que los brazos (18. 15). Más adelante, aunque no se generalizó la moda, llegó á introducirse la de una sola manga larga (18. 15), que servía de manguito, generalmente al lado izquierdo. Acostumbrábase á recoger la *bliand* en la cadera derecha ó en la izquierda (18. 21. 23. 25). Poco á poco empezaron á acortarse ambas prendas. La interior bajaba ya sólo hasta las rodillas; la exterior era de un largo regular y llevaba mangas cortas y anchas que llegaban hasta los codos (23. 5). Si la prenda de encima era igual en longitud á la de abajo, solía tener aberturas á los lados en la parte inferior. Las bocamangas y el escote tenían bordados, pero raras veces el borde inferior, que remataba en picos. El sayo de encima llegó á perder por completo las mangas (fig. 8. 3). El traje se hacía de una sola pieza de tela sin costura y con solo

un ojal. Los sayos sin mangas tenían varios nombres, como *ganasche*, *schiot* y otros. Poníanse también por encima de la coraza (*cotte de chevalier*) y los tirantes de la espada pasaban entonces, por una de las aberturas de los costados, al cinturón, que ceñía la coraza. Los trajes de esta especie se forraron y adornaron en el siglo siguiente con escudos y emblemas bordados sobre el pecho. La capa tenía, como antes, la forma de semicírculo con arcos más ó menos pronunciados, ó de círculo con picos (fig. 8. 7. 9), desapareciendo casi del todo la forma rectangular. A mediados de siglo fijábase todavía la capa al hombro derecho (18. 21. 23), pero más adelante se ponía por detrás sobre los hombros (18. 25. 26). También la manera de sujetarla sufrió gran transformación, pues se suspendía en el pecho por un cordón de oro ó una cinta

Fig. 9



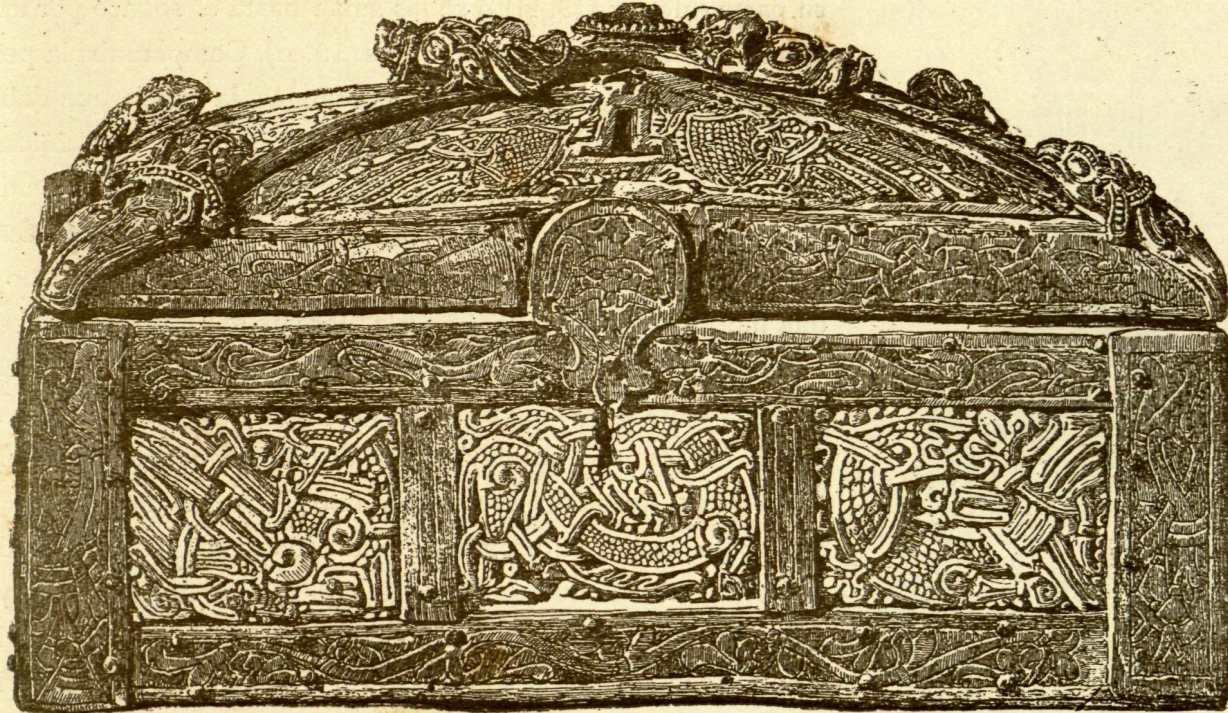
(18. 26) ó se sujetaba con el cinturón una de las alas, que bajaban por el hombro izquierdo (18. 25). En los dos bordes rectos había á veces una plancha de metal corrediza y perforada (fig. 8. 15) por la que pasaba un cordón anudado en forma de lazada, cuyas puntas, con borlas, poníanse á gusto de cada cual. Otras veces en el borde recto del lado derecho había un anillo de metal (fig. 8. 16) por el que se pasaba parte de la orilla del otro lado, haciendo después un nudo. Sólo cuando la tela era fina se podía fijar de este modo, y hasta anudarse ambos bordes uno en otro (fig. 8. 17) si el corte de la capa era rectangular y ésta de buen género. Cuando el borde era duro, no había más remedio que sujetarlo por medio de broches (fig. 8. 18). En cuanto al calzado, la moda de las formas puntiagudas persistió medio siglo. En el duodécimo habíase llevado á efecto la inevitable división de la sociedad en clases. Los *courtois*, ó nobles, de costumbres cortesanias y esmerada educación, componían las clases elevadas, y los *vilains*, ó villanos, las del pueblo trabajador. Estas clases se distinguían por las proporciones del pico del calzado; el estado llano lo llevaba de seis pulgadas, los caballeros y barones de un pie, los príncipes de dos. Durante el reinado de Luis VII volvió á llevarse el calzado de punta redonda ó ligeramente puntiaguda, sin desterrarse por esto en absoluto las largas. En el siguiente siglo la moda del calzado de pico adquirió, bajo el nombre de *poulaine*, nueva boga, que se

sostuvo hasta el final del siglo xv. Cuando en el xii desapareció el pico, empezó á crecer la talonera, llegando á tener tal altura, que volvía á caer sobre el tacón, como un plumero (21. 94). Por lo demás, el calzado se adaptaba bien al pie y se sujetaba en el empeine por una hebilla. Los zapatos de las gentes de calidad estaban forrados por fuera y guarnecidos por dentro de trenzados de oro, ó de tiras de cuero de varios colores ó de pieles. Dentro de casa llevábase el *eschapin* (de donde se deriva *escarpín*), calzado sencillo con talones bajos y hebilla para cerrarlo (21. 96).

Estilábanse gorros parecidos á los frigios con la copa caída hacia delante (18. 17. 21), y á veces con orejeras y cogotera; eran de paño ó terciopelo y usábanse generalmente en invierno. Existía otro gorro, llamado *coiffe*, de lienzo blanco, muy parecido á las cofias de las mujeres (18. 17). En los últimos años del reinado de Luis VII había además sombreros de pelo de camello ó de fieltro, que por su forma, parecida á los morteros, se llamaban *mortiers*. El tocado más popular era la antigua gorra (*chaperon*), que en su forma usual parecía un embudo con la punta para arriba. Tenía una abertura para la cara y una especie de manga que caía hasta la sangría del brazo (fig. 8. 12, compárese 19. 5). El *chaperon* preservaba muy bien de la lluvia, la nieve y la escarcha (18. 18); cuando hacía buen tiempo no había más

que quitarlo y ponerlo alrededor del cuello ó por encima de los hombros. Si se quería resguardar la cabeza de los rayos del sol, sin envolver el cuello ni las espaldas, poníase el *chaperon* con la abertura por encima de la cabeza, empujábese hacia abajo la punta, doblábase la parte inferior ó sea el cuello y rodeábase con él la cabeza, como para hacer un nudo (fig. 8. 10. 11). Este modo de llevarlo debe de ser tan antiguo como la misma prenda, pero las primeras estampas que lo reproducen datan del siglo XIII. Todo el mundo llevaba estos capirotos, seglares, sacerdotes y frailes, y al generalizarse tanto su uso, fué limitándose el de las capas. Había capirotos de muchas formas y para todas las clases de la sociedad; unos abiertos por delante á todo lo largo (18. 13. 19. 12), cuyo cuello parecía una capa y tenía muchas veces aberturas para meter los brazos; otros llegaban hasta las rodillas y eran enteramente cerrados y provistos de aberturas para los brazos (18. 22) ó de mangas anchas y largas, rasgadas también, para pasar los mismos (18. 24);

Fig. 10

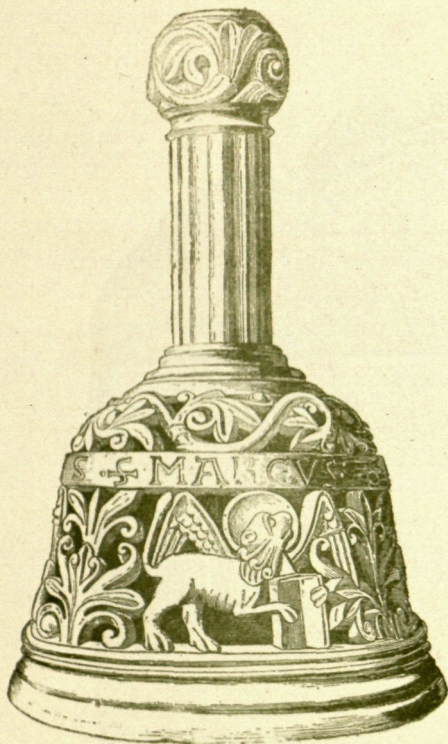


los capirotos de esta última clase llevaban á veces cuello propio (18. 17) igual al antiguo *bardocuculus* (figura 8. 12). Las gentes que estaban mucho á la intemperie, se ponían otro gorro encima (18. 18). El dejarse crecer cabello y barba fué por entonces menos combatido por el clero, que el uso del calzado muy puntiagudo. Los nobles acostumbraban á dividir la barba en mechones que envolvían con hilos de oro; de aquí vinieron las barbas de oro, que se llamaban *tresses galonnées*. A fines del siglo se volvió á estilar afeitarse por completo. Llevábase el cabello largo y caído por la nuca y las orejas, y por delante echado hacia la cara y cortado por la frente en línea recta de sien á sien; un aro de oro ó simplemente una cinta (*schapelet*) servían para sujetar el pelo. Todos llevaban peinado y tocado igual, de modo que ciudadanos, peregrinos y presidiarios iban tan parecidos, que podían confundirse unos con otros. Esta circunstancia motivó el enojo del clero; la Iglesia basaba su desagrado en las palabras que San Pablo dijo á los corintios: «¿No os enseña la misma naturaleza que es deshonor para el hombre dejarse el pelo largo?» Negábase, pues, los sacerdotes á dar la comunión á los que no querían dejarse cortar el pelo, y llegaron á llevar tijeras á la iglesia para cortar los rizos á los que no se atrevían á hacerlo por sí. Aquella actitud del clero hizo que se condenase á los presidiarios á ser rapados y afeitados.

El traje de las mujeres, en el siglo XII, tuvo, con escasas variaciones, aspecto mucho más bello que hasta entonces lo había tenido. El cambio más notable consistió en que el *bliand*, ó la prenda de encima, ya no se ensanchaba por igual desde los hombros hacia abajo, sino que á partir del pecho se estrechaba

de tal modo que resultaba completamente ajustado al cuerpo, ensanchando tan sólo desde este punto. Para conseguir que ciñera así, se hacían cortes desde el pecho á las caderas por los lados (compárese figura 3. 6). El traje caía en ligeros pliegues hasta los pies (19. 19 á 21) y algunas veces solía tener cola. También sufrieron variación las mangas. Las había de tres cortes distintos; se hacían mucho más anchas por arriba que antes (fig. 8. 6), mientras que en el antebrazo conservaban sus dimensiones ajustadas de costumbre, y se cerraban en las muñecas por medio de botones ó eran ceñidas desde lo alto hasta la mitad del antebrazo y desde aquí ensanchábanse de tal manera que llegaban casi á tocar el suelo. Si las mangas no tenían que abrirse en disminución, sino de una vez, la parte inferior se pegaba á la manga propiamente dicha (fig. 8. 8) y poníase atravesado el pedazo de tela necesario para ello, de manera que el

Fig. 11



largo correspondía al ancho de la manga. Para evitar las molestias que las dimensiones de las mismas causaban, hacíase un nudo con su parte inferior (19. 24) ó se las subía hasta el sobaco por un cordón que se llevaba en los hombros (19. 23). Compensaba la pesadez que producía la anchura de estas mangas, la gracia que daban al busto. En las esculturas de *Notre-Dame* de Corbeil, las únicas que nos dan á conocer estos trajes, no puede distinguirse si las damas de entonces llevaban corsé ó era éste simulado. El traje ceñía el cuerpo hasta el vientre como una coraza y el mismo punteado de la tela imitaba escamas (19. 20. 25); las formas del busto resaltaban así marcadamente, sin que por esto causara incomodidad el vestido. Una abertura á un lado ó detrás facilitaba el ponérselo, y por medio de cordones se volvía á cerrar (19. 21). Algunas veces se abría en el pecho de modo que se veía la orilla del cuello de la prenda de debajo. Largo cinturón entretrejado de oro ceñía el talle de delante hacia atrás, donde se cruzaba, y desde donde, más bajo y más flojo, envolviendo las caderas, volvía á la parte anterior para hacer un nudo con las puntas colgantes (19. 20. 24. 25. 27). También se llevaba la prenda de encima sin bordados ni cinturón, pero recogida y

prendida en ambas caderas (19. 22). Además las había rasgadas por delante, de arriba abajo, y abrochadas en el pecho (19. 26). La capa ó manto de las mujeres era de corte semicircular y sujetábase de diversas maneras. Muchas veces había en cada uno de los dos bordes rectos una plancha metálica rectangular con cinco agujeros (fig. 8. 19) por los que pasaba una trencilla doble con la que se hacía una lazada en la espalda, á pesar de que la simple presión del cordón que pasaba por los ojotes era bastante para sujetar la prenda. A esto se llamaba entonces *atar la capa*. Cuando hacía mal tiempo se la sustituía con la gorra de embudo. Por lo demás, las mujeres cubríanse también la cabeza con la toca de costumbre ó con un pequeño velo del tejido más fino (19. 22). A juzgar por las estampas, existían ya en aquel tiempo verdaderas cofias. El peinado consistía en abrir el pelo por una raya en el centro de la cabeza y en unas trenzas sencillas ó dobles que se hacían en ambas partes, entrelazadas con cintas de colores (19. 20. 24. 25). Las trenzas se echaban hacia delante bajando á lo largo de los brazos (19. 20) ó caían una por delante y otra por detrás (19. 24. 25). Rodeábase el pelo con aros de oro ó sencillamente con cintas. Botas bajas, medianamente puntiagudas, constituían el calzado.

El traje guerrero de los franceses se desarrolló al compás del de los alemanes y los demás pueblos occidentales de Europa; por este motivo bastarán las explicaciones dadas en los capítulos correspondientes. Hay que añadir tan sólo algunas observaciones referentes á especialidades de las armaduras francesas. En el siglo x, cuando ya no había galos ni francos, sino franceses, que reconocían en un todo la misma

forma de gobierno, el sistema feudal, el señor ó *seigneur* era la persona más importante, el caballero por excelencia. Las miniaturas del siglo x nos indican cuál era su arreo militar y el de sus servidores; por él se reconoce su origen medio germánico, medio romano, y que concuerda por completo con los carlovingios. Los guerreros vulgares (fig. 9. 1. 2) llevaban túnica y capa, sin nada en la cabeza, con las piernas protegidas por listones de hierro ó por las largas correas del calzado germánico, y empuñando en ambas manos el escudo redondo, convexo y encorvado en el centro, y la lanza de hierro corta. Respecto á los *seigneurs*, iban cubiertos con coraza de escamas y con casco (fig. 9. 3), para el que no existía entonces forma determinada. Llevábanse de hechura de campana con plumas (fig. 9. 4), puntiagudos ó cónicos con cogotera (fig. 9. 4. 6), parecidos á los normandos del tapiz de Bayeux. Llevaban asimismo gorras de piel, según parece, guarnecidas de cabezas de clavos (fig. 9. 8). La espada, el *branc* de los antiguos poetas caballeros, era bastante corta y ancha; además llevaban en el cinturón un puñal. Como insignia de guerra usábase aún el antiguo dragón germánico puesto en lo alto de una lanza (fig. 9. 3), como puede verse en el tapiz de Bayeux, fabricado más adelante. En el siglo siguiente la coraza se componía de colete de cuero ó tela fuerte, reforzada con anillas de hierro forjado, puestas unas al lado de otras ó unas encima de otras (21. 11. 12). Este colete, llamado *haubert*, bajaba hasta las rodillas (20. 8) y las mangas hasta los codos. La capucha de que estaba provisto y que cubría la cabeza, dejaba al aire la cara. Más adelante el *haubert* se fué transformando por abajo en calzones y por arriba tuvo una abertura en el pecho para facilitar el ponérselo; se abría ó cerraba con un peto cuadrado (20. 12). Había además coletos, no reforzados con anillas de hierro, sino con enrejado de correas, cuyos cuadros estaban guarnecidos de cabezas de clavos (21. 10); otros tenían el refuerzo hecho con escamas de hierro (*jaseran*, 12. 4. 8) ó de cuero de diversos colores (*corium*, figura 9. 9. 20. 13).

Un manuscrito francés del año 1125 nos presenta un guerrero (20. 10) cuyo colete está completamente guarnecido de cabezas de clavos y abierto á los lados en su parte inferior; la espada cuelga al costado derecho y va atravesada pasando por una abertura del traje. En una escultura del mismo siglo vemos un guerrero cuya coraza va reforzada de un modo muy singular (20. 16): por encima del colete, sea de cuero ó tela, hay un enrejado de correas planas (21. 16), y sobre él, fijas á lo largo, aristas como cuerdas, que á su vez están entrelazadas con correas planas. Hasta 1180 no se introdujo en Francia la cota de mallas (20. 14). Las anillas de hierro de las corazas de aquella época que se conservan aún, son gruesas, toscas y desiguales. Trozos de telas de colores, cortados en forma de lengüetas y clavados bajo el hierro de las lanzas, servían de banderas (21. 61). El estandarte principal de los normandos tenía, según se ve en el tapiz de Bayeux, cinco puntas, y en el centro, sobre fondo amarillento ó de otro color claro, la figura negro-azulada de un pájaro que, al parecer, era el cuervo de Odín. En la batalla de Hastings figuró por última vez esta enseña, reemplazada después por la cruz. Las lengüetas de los antiguos estandartes no aparecen hoy día más que en la bandera nacional dinamarquesa, el *Danebrog*.

Si se comparan los restos de la industria artística de los franceses hasta el siglo xii, con los que se conservan de los pueblos occidentales de Europa, excepto el español, nótese indudable semejanza, tanto por lo que se refiere á los objetos de guerra como á los del culto. La influencia de la Iglesia igual en todas partes, fué la que principalmente lo consiguió. Lo que se ha dicho tocante al arte industrial de Alemania, ha de repetirse al tratar del de Francia. Incluiremos solamente las reproducciones de algunos objetos muy notables que caracterizan los diversos períodos del desarrollo industrial artístico en el Oeste de Europa hasta el siglo xii; por ejemplo, una cajita de la época merovingia (fig. 10), una campana

Fig. 12



romana con calados (fig. 11) y un copón del siglo XII que pertenece á la iglesia de San Remigio en Reims (figura 12; detalles, 22. 15). Así como la cara es el espejo del alma y de los conocimientos del hombre, una obra de arte refleja el carácter y el pasado de un pueblo. Por eso, si nos fijamos, por ejemplo, en la antigua joya de la fig. 10, parécenos adivinar la serie de aventuras que han abollado su superficie, arrugada ya como la frente de un viejo. La ornamentación de las alhajas germánicas procedentes de la época de las grandes emigraciones, así como la de las alhajas de los sajones y normandos de Inglaterra, demuestra que existía un centro común de fabricación, ajeno al griego y romano. No por eso ha de negarse que en época remota, que la historia no recuerda, haya sido semejante uno y otro estilo de ornamentación y rama los dos de un mismo tronco primitivo, de la propia manera que las dos principales ramas de la lengua humana, el hamita y el semita, pueden proceder de la división del idioma fundamental. El estilo ornamental de Tiryn se parece aún al del Tir boreal. Ambos caminaron millares de años por pueblos de distintas condiciones y se hicieron completamente distintos, hasta que reunidos de nuevo á principios de la era cristiana establecieron el estilo románico, padre del gótico.

---

## II

## Los italianos



ROMA y las costumbres romanas ejercieron más influencia en Italia que en ningún otro país del Occidente. Los restos clásicos del mundo greco-romano encauzaron la vigorosa corriente de los conquistadores germanos, árabes y normandos. La manera de vestir de los habitantes de Italia era tan varia como sus gobernantes. Sería difícil poner en claro las transformaciones de sus trajes sin volver al antiguo romano. La toga (24. 2), pedazo de tela ovalado, que medía á lo largo el triple y á lo ancho el doble que la estatura del hombre, plegábase á lo largo, aproximadamente por la mitad del ancho; se pasaba por el sobaco derecho, con la parte de detrás echada hacia adelante sobre el hombro izquierdo, y con la parte de delante echada hacia atrás; por último, la punta que caía por delante se recogía en el pecho en un buche que servía de bolsillo. Como más ligero usábase el *pallium* (24. 3. 10), colocado del mismo modo, ó bien en lugar de pasarlo por debajo del brazo derecho, se pasaba por encima, pero sin doblarlo. Como prenda interior estilábase la túnica (24. 1), especie de camisa cuyas mangas, largas ó cortas, estrechas ó anchas, iban pegadas á la prenda ó hechas con el ancho sobrante de la misma (24. 5. 12). Usaban como adorno tiras de púrpura; en las togas un dobladillo de lo mismo; en las túnicas una sola tira ó dos en sentido paralelo. Como prenda de abrigo más ligera servía la clámide, capa rectangular colgada del hombro izquierdo y prendida en el derecho. Parecidas en el corte y en la colocación eran la *trabea*, manto corto de los jinetes; el

*paludamentum* (25. 15), manto largo de púrpura, y el *sagum* (24. 11. 25. 3. 10. 16), manto guerrero de la anchura de la clámide. Prenda de abrigo y de viaje era, ante todo, la *penula* (24. 4), provista á menudo de capucha. Cuando no, cubríanse la cabeza con un sombrero puntiagudo, el *pileus*. Más adelante, en las guerras con los galos y los partos, empezaron á adoptarse pantalones. Al principio eran bastante estrechos, abiertos por abajo, y llegaban sólo á media pierna (25. 1 á 8. 10. 15. 17); luego, durante el imperio, se ensancharon y alargaron, llegando á los tobillos, donde se ataban (25. 9). Túnica y manto ó capa eran las prendas principales del traje de la mujer. La primera llegaba hasta los pies (24. 6. 12. 14). La romana que quería vestirse de señora se ponía sobre la túnica otra, la *stola*, guarnecida alrededor del bajo con un dobladillo ancho á modo de volante y alrededor del cuello con uno más estrecho (24. 7. 8). La *palla* se llevaba como el *pallium* romano ó, si era menester, se echaba por encima de la cabeza (24. 6 á 8). A esto se agregaba un velo (24. 12. 13), la *penula* (24. 14) ú otro abrigo cualquiera de corte rectangular, doblado á lo largo por su mitad, con un corte por donde se metía el brazo derecho y abrochado á todo

lo largo del brazo izquierdo (24. 9). Ambos sexos usaban gran diversidad de calzado, desde sandalias hasta botas altas.

El carácter del traje antiguo varió en la época cristiana, y sobre todo bajo la influencia bizantina. Primeramente aumentaron los colores de los adornos, y las dos tiras paralelas de la túnica, privilegio antes de los caballeros, se generalizaron y las usaron las gentes plebeyas y las mujeres (24. 12. 13). Además empleáronse, como adornos, círculos ó cuadrados de telas de colores, en las espaldas y en la parte baja de la túnica (24. 15. 16. 21), y dobladillos, multicolores también. Labradores y pastores llevaban esta especie de túnica, y como prenda de abrigo, esclavina cerrada con cenefa de color (24. 15). El adorno de color con unas ú otras variaciones duró hasta muy entrado el siglo XII, lo mismo que el *pallium* (compárese 24. 10). Generalizáronse los pantalones largos (24. 11. 21) ó en su lugar calzas y botas altas (24. 15. 16); siguió usándose también la *pænula*, que los trabajadores abrían por los lados para dejar libres los brazos ó quitaban por completo las piezas laterales, en cuyo caso se llamaba *birre*. Las mujeres usaban la *palla* (24. 20), terminada á veces por una tira estrecha que desde arriba pasaba por la abertura de la cabeza de la estola (24. 19), de modo que volvía á asomar por la orilla de abajo; el resto de la *palla* ceñíase alrededor del cuerpo, como de costumbre. Otro manto, de procedencia bizantina, acostumbraban á llevar, el cual colgaban de los hombros (26. 9), cruzaban la masa de tela en el pecho, echaban las puntas hacia atrás por derecha é izquierda, y por último, con la parte de atrás se cubrían la cabeza.

La toga había ya pasado de moda. Existen estampas donde aparecen dignatarios palatinos de la época de Constantino el Grande vestidos con túnicas cortas, cuyo escote parece un anillo que pasa por debajo del brazo derecho y por encima del hombro izquierdo (25. 17. 19. 21). Como las prendas antiguas fueron paulatinamente desapareciendo y transformándose, podemos considerar este traje de corte bizantino como último resto de la toga, y el aro del escote como recuerdo del antiguo borde de púrpura. En los trabajos escultóricos de marfil hallamos con frecuencia mantos bizantinos con ricos bordados que caen por delante como cinta estrecha (25. 18), serpentean alrededor del hombro derecho, se ensanchan en el pecho, y por la espalda izquierda caen hacia atrás para volver á salir por delante cruzando la cadera derecha, donde se recogen con el brazo izquierdo. En realidad la verdadera capa de corte era el *sagum*, cortado en semicírculo, cuyo centro, en su parte larga, se ponía sobre el hombro izquierdo para prenderse en el derecho (25. 20). Por delante, como por detrás, cerca de la orilla recta y á la altura del pecho, había un pedazo de tela cuadrado, el *clavus*, cuyo color y cenefa eran según la categoría del que lo llevaba. El emperador (26. 3) y la emperatriz usaban igualmente este manto, pero el de ella sin *clavus*. Las estampas del siglo XII nos enseñan á la emperatriz con capa lisa, colgada de los hombros (26. 7), con cuello cuajado de pedrería en la parte superior del pecho y banda ancha de tejido de oro con bordado rameado, formando un anillo que rodea holgadamente los hombros, mientras que ambas puntas caen por pecho y espalda y se sujetan al talle por un cinturón. También pueden verse en dichas estampas á los emperadores con estas bandas colocadas de distintas maneras. Los zapatos imperiales ó sandalias fueron siempre de púrpura.

Los dux de Venecia adoptaron el atavío imperial bizantino, á excepción de la corona, como modelo de su propio traje. En San Marcos hay estatuas de dux que visten la túnica imperial con el adorno de abajo en forma de llave (26. 15. 18), según hemos visto en la túnica de Justiniano (26. 3), y con el gorro que los emperadores usaban debajo de la diadema. Pero los dux, en lugar de diadema, llevaban el puntiagudo *pileus* con cerco en forma de corona. Dicho gorro y el calzado eran de color de púrpura. En los retratos más antiguos de los dux se ve el manto puesto á modo del *sagum* y prendido en el hombro derecho; pero en los más modernos va puesto por igual sobre ambos hombros y con cuello de armiño. El traje italiano de ambos sexos fué, hasta ya entrado el siglo XIII, el traje romano reformado en sentido bizantino (26. 13 á 23). En el Mediodía de la península, á la vez que éste, se usaba el franco-nor-



mando, en Sicilia el árabe y en Roma y la alta Italia el alemán. En Roma se fueron mezclando varios estilos que llegaron á formar una variada colección de hechuras y colores.

El antiguo ejército romano llevó el traje civil completado con armas defensivas, tales como casco, coraza y escudo. El casco vulgar (25. 6. 8) tenía tirantes y cogotera, sin lambrequines, y estaba forrado á veces de piel de lobo (25. 4). El casco de los hastiarios remataba en un penacho de plumas encarnadas y negras (25. 2. 5. 9). Cubríanse el pecho con una cota de hierro (25. 7); también había corazas de dos piezas, peto y espaldar, unidas con tiras de metal (25. 5) que pasaban por encima de los hombros y por los costados. Debajo de la armadura, cubriendo el vientre y la parte superior de los muslos, iba la túnica de fieltro, cortada en piezas iguales, que servía de forro (25. 2. 3. 5. 7. 10). En época posterior del imperio llevábase coraza de cuero ó tela cubierta de escamas metálicas, ó coraza de cadenas, que era una especie de cota de mallas (25. 8). El escudo era de madera, de piel ó de hierro, convexo, redondo, cuadrado ó exágono, y adornado, según la categoría del guerrero, con emblemas metálicos (25. 1. 2. 6 á 8). Las armas ofensivas eran: espada corta (*gladius*, 25. 3 á 8), ceñida al lado derecho, y más adelante espada larga (*spatha*), que se llevaba á la izquierda; dos lanzas, una de ellas el célebre *pilum* (25. 1. 7), con hierro largo y delgado y punta arponada. Usaban también hondas. Con el tiempo adoptóse entre los romanos el equipo bizantino, más rico en colores, pero no mejor que el romano (26. 12 á 14). Las armas italianas siguieron el estilo y tendencia del armamento de Occidente de Europa, en la forma descrita más arriba (véanse 28 á 31. 27. 1 á 5. 11. 14; 27. 6, carro de banderas milanés).

De los restos que se han encontrado de utensilios italianos que llegan hasta el siglo XII y de las estampas de la época, se deduce que predominaba entonces el estilo romano-bizantino. Los objetos del culto llevan marcadamente impreso el sello romano, como también las sillas episcopales (27. 17. 19), que son de madera ó mármol. Los tronos, en cambio, son de carácter bizantino. El célebre *tesoro* de la catedral de Monza es también bizantino. En él se halla el peine de la reina Teodolinda (27. 20), una pila de agua bendita (27. 21) y la corona llamada *de hierro*, que es un aro de oro (27. 22, dos planchas extendidas) cubierto de pedrería y de esmaltes que llenan con follajes los intersticios que quedan entre las rosetas de oro repujado.

## III

## Los españoles



BÉRICO llama la historia á un pueblo de tez oscura que habitaba ya en España cuando los fenicios se establecieron en este país y que se vestía con pieles sin curtir. Todavía en la época romana los habitantes de las islas Baleares usaban pieles de ovejas y de cabras como ropas de invierno; en cambio en verano iban casi completamente desnudos. El arma principal de los iberos era la honda; todo hombre dado al ejercicio de la guerra llevaba tres hondas, una alrededor de la cabeza, otra en torno al cuerpo y la tercera en la mano. Los fenicios, que hicieron retroceder los primitivos habitantes de la península á los prados y montañas septentrionales, enseñaron el arte de tejer, de hilar y de teñir. Entonces empezóse á llevar vestidos de lana y de lienzo; á preparar la púrpura de todos matices y á adornar los vestidos con ella. El traje fenicio, que se usaba todavía, consistía en una especie de delantales de colores muy vivos, puestos unos encima de otros alrededor de las caderas, y en un cuello redondo ó esclavina que rodeaba la parte superior del busto (tomo I, 9. 17). Tribus celtas inundaron posteriormente el país y se mezclaron con sus primeros habitantes; esta mezcla de razas produjo un pueblo que se acostumbra á llamar celtíbero. Sólo los habitantes de las islas y de los Pirineos conservaron íntegra la raza primitiva. La prenda característica del traje de los celtíberos era un manto negro de lanas, con ribete de púrpura para los jefes. Envolvíanse las piernas con tiras peludas ó también con pantalones. El traje femenino era de telas abigarradas, como el de las bretonas y galas. Según se infiere, constaba de túnica larga ceñida, con mangas ó sólo aberturas para los brazos, y de capa. Tanto hombres como mujeres llevaban larga y suelta la cabellera. En comarcas que ahora ya no es fácil determinar, las mujeres poníanse perpendicularmente sobre la cabeza un palito, lo envolvían con una parte del pelo y desde la punta dejaban caer un velo negro sobre los hombros.

En otras comarcas las mujeres usaban un collar de hierro, del que salían por la espalda dos cuernos que pasaban por encima de la cabeza, venían á doblarse sobre la frente y servían para prender el velo. Otras, en cambio, usaban gorra que, ciñendo la nuca, se ensanchaba por delante á modo de un tímpano. El pelo largo servía á los celtíberos para resguardar la cabeza en el combate. Lo anudaban sobre el cráneo y colocaban encima una montera hecha de nervios de animales, y los jefes casco de hierro con penacho rojo. También llevaban éstos coraza y martingala. El escudo era redondo ó cuadrado y de

tamaño diverso; los lusitanos lo usaban redondo, tejido de nervios de animales, cóncavo por dentro y con larga correa. Los celtiberos eran temidos por su destreza en manejar las hondas. Después de los tirios vinieron los cartagineses, de cuyo traje no se conoce cosa alguna. Más adelante fué España provincia romana, y los españoles volviéronse romanos por sus costumbres y su manera de vestir. Las tribus germánicas de vándalos y godos que asaltaron después el país, sometieron á la manera de vestir de los romanos. Los godos sucumbieron á manos de los árabes ó moros, como se llama á los árabes españoles. Ciencias y artes, comercio é industria florecieron durante la dominación agarena. Las estampas que nos dan idea del traje de los citados moros datan del siglo xv, cuando su poder habíase debilitado á impulsos de las armas cristianas (tomo I, 81. 7 á 14). Las prendas principales del traje moro eran: ropón largo y ancho, faja de color como cinturón, calzones largos y anchos atados en los tobillos, zapatos altos y turbante. Añádase á esto una toca de fina tela

que rodeaba la cabeza y el cuello y cuyas puntas caían sobre los hombros. Cuando hacía mal tiempo usaban capucha, que se calaban sobre el turbante; la toca iba siempre por debajo. Entre los moros de elevada categoría estilábase una prenda ancha, con mangas caídas y dos alzacuellos en la pechera, y otra parecida á la *paenula* romana. Las mujeres se ponían dos vestidos, uno sobre otro: el inferior hasta media pierna y el de encima algo más corto y abierto por delante; largos y anchos calzones atados en los tobillos, zapatos y turbante bajo. Llevaban además para salir á la calle un gran paño en forma de capa con el que se cubrían casi todo el cuerpo.

Al mismo tiempo que la ciencia, aceptó el Occidente de Europa, incluso Italia, parte de la manera de vestir de los árabes. Las estampas de los siglos ix al xi (fig. 13) permiten suponer que la vestimenta árabe estableció la diferencia entre el europeo occidental y el romano. El turbante y los vestidos de cola con mangas de embudo entre las mujeres, y entre los hombres, las prendas largas de mangas anchas, los calzones anchos, cortos ó largos, con adornos artísticamente entrelazados, y la capa de capucha con mangas perdidas, son de marcado carácter asiático. En cuanto al equipo de guerra de los europeos occidentales, puede asegurarse que lo tomaron de los sarracenos, á juzgar por los adornos mezclados de inscripciones cúficas que aparecen en las armaduras de los nobles alemanes y franceses de los siglos x y xi. Las figuras de guerreros españoles que contiene un manuscrito de fines del siglo xi (27. 25 á 27), así como un sello español de principios del xii (27. 24), prueban que el traje de guerra español de entonces era el mismo de los normandos del tapiz de Bayeux. Los escudos normandos, parecidos á nuestras cometas de papel, se hicieron sin duda á imitación de los de los sarracenos que habitaban en Sicilia.

Fig. 13

